

1

Corría por el empedrado mirando aquella pluma que el viento se llevaba. El sol estaba alto y le hacía guiñar los ojos. Era uno de los primeros días de primavera. Los cafés de los bulevares estaban atestados después de un largo invierno. De cuando en cuando, un coche negro y lujoso rompía la mañana con el sonido estridente de su motor. Un aire estival envolvía la ciudad y los ojos centelleantes de los parisinos observaban el trasiego de sus calles. Había muchachitas con cierto aire *garzoniere*, blusas frescas como tallos de flores, chaquetas ajustadas y abrigos de tafetán en rosa y blanco; hombres con sombrero y bigote, apoyándose en su bastón o en el brazo de una mujer envuelta en satén aguamarina, melocotón o borgoña. Todo un mosaico de colores que

hacía resplandecer aquel París de 1934, olvidando el frío invierno y las manifestaciones de las ligas de extrema derecha que habían causado la caída del gobierno de Camille Chautemps. La Gran Guerra quedaba muy lejos y el sol relumbraba con su promesa de pájaros.

La pluma se perdía en el cielo. A veces viraba y otras parecía desplomarse hasta que un nuevo soplo de viento venía a levantarla. Victor Gaillard corría tras ella, ajeno a esta nueva explosión de vida parisiense.

Tan abstraído estaba persiguiendo la pluma que no vio a la pareja que avanzaba del brazo ni mucho menos a la niña que venía delante de ellos, saltando el pavimento, como si unas cintas invisibles le impidieran pisar ahora aquí y luego allá. Así pues, el golpe fue inevitable. El niño sintió el impacto y el tambaleo y enseguida vio aquella pequeña figura, entallada en un abrigo blanco, balancearse y alzar una mano como queriendo sujetar un sombrero. El pelo negro se levantó con el viento y los ojos de la niña se abrieron desconcertados.

Por un momento Victor se perdió en aquellos ojos. También ella pareció extraviarse en las pupilas del muchacho, donde el sol caía de lleno y hacía casi transparentes sus ojos claros.

Victor llevaba una blusa grande y algo sucia y unos pantalones remendados. A ella no pareció importarle su aspecto. Iniciaba una sonrisa cuando la mujer que estaba detrás de ella gritó:

—¡Amélie, el sombrero!

Victor salió de los ojos de Amélie y vio el sombrero arrastrarse calle abajo, empujado por el viento. Dejó el cajón de limpiabotas en el suelo y echó a correr tras él. También Amélie corrió. El sombrero volaba lejos. A ratos, rodaba por el empedrado o se desplazaba con agilidad alzándose del suelo. Victor escuchó los pasos de Amélie siguiéndole y se giró para mirarla. Era muy delgada. Su rostro mostraba una palidez extraña, casi enfermiza. Más atrás, desenfocados, el hombre y la mujer levantaban los brazos y gritaban algo que el mismo viento amortiguaba y convertía en un zumbido lejano.

De pronto, el sombrero desapareció por una calle repleta de escaleras, farolas y árboles, tan empinada que daba vértigo mirarla. Los dos niños se detuvieron en lo alto. El sombrero se embalaba escaleras abajo. Antes de seguir su carrera, se miraron.

—¡Vamos! —dijo Amélie.

Bajaron los escalones a trompicones, de dos en dos. Él se sentía feliz con aquella niña corriendo a su lado, y el viento, el vértigo de la cuesta. El sombrero blanco. París latía bajo sus pies, contra sus zapatos. Al fin, lo alcanzaron. Él lo atrapó como si fuera un conejo. Alzó la presa victorioso y miró a Amélie, que sonreía.

Le pareció tan hermosa que el mundo dejó de moverse.

El sol caía sobre ella. Hacía sombras en sus pestañas. Los labios eran amplios y rojos. Las mejillas se habían

encendido con la carrera, pero era pálida y ojerosa. El abrigo blanco le alcanzaba las rodillas huesudas y las piernas descendían, como el cuello de un cisne, hacia los calcetines de algodón perlé y los zapatos negros, de hebilla plateada.

Sonreía y su respiración agitada hacía que subiese y bajase el abrigo blanco, las escalinatas. Todo París y el corazón del limpiabotas. El sol centelleó en uno de sus botones. Aquel fogonazo sacó a Victor de su fascinación. Le hizo entender, con una repentina y triste clarividencia, que ella pertenecía a un mundo muy lejano al suyo. Sintió vergüenza de sus ropas y de sus manos grandes y toscas y las escondió detrás del sombrero que aún sujetaba.

—¡Amélie, Amélie, vuelve enseguida! ¡Deja a ese necesitado y vuelve!

Los niños miraron hacia arriba. El hombre y la mujer se asomaban al inicio de la calle, gritándoles. Victor le tendió el sombrero. Ella lo tomó súbitamente colorada.

—¡Gracias! —dijo.

Sonrió y echó a correr escaleras arriba. Victor Gailard la vio alejarse hasta desaparecer en lo alto de la calle, junto a aquel hombre y aquella mujer que hacían aspavientos airados. Subió a saltos los escalones. Cuando llegó al bulevar distinguió a la niña entre el gentío. Sonrió levemente, apoyándose en una farola. Después, vio su caja de limpiabotas abandonada en mitad de la acera y una súbita tristeza empañó su corazón.